

Orígenes de la violencia educativa



seryactuar.org - 2019

Los oscuros orígenes de la violencia 'educativa'

La historia de la evolución no es el cuento chino de crueldad y sinrazón que nos vienen contando. El altruismo, la cooperación y la equidad son comportamientos innatos en muchas especies. Entonces, ¿qué nos pasó a los seres humanos?

Frans de Waal¹

Los estudiosos de los orígenes de la humanidad, y de los diferentes períodos de la prehistoria no parecen haber indagado ni poco ni mucho acerca del *momento* y el *motivo* por el que los hombres empezaron a utilizar la violencia como sistema para disciplinar y educar a sus hijos.

Desde que apareció como especie, el animal humano está programado para prodigar al recién nacido cuidados y ternura. La naturaleza nos ha equipado genéticamente para *recibir* un trato positivo, y no nos ha preparado para asimilar los malos tratos, y superarlos *sin consecuencias*. **El maltrato a nuestros niños (cachorros) es un fenómeno que no existe en la naturaleza, pertenece a nuestra cultura humana, y no a nuestra naturaleza animal.** A partir del momento en que los padres humanos empezaron a infiligr dolor a sus hijos, se produjo un cambio radical para todo el resto de historia de la humanidad, y ello en apenas *una generación*.

La información recogida de las especies de primates cercanas al ser humano indica que ninguna de ellas pega a sus cachorros. Por ejemplo, las madres bonobo desconocen incluso el gesto de golpear con la mano abierta, como para abofetear, o dar una nalgada, gesto que a nosotros nos parece tan espontáneo. Cuando su pequeño se aventura en cualquier situación peligrosa, la madre lo aleja del peligro pero no le pega.

Los testimonios más antiguos, de castigo y dolor a los niños, que se han conservado se remontan a las primeras civilizaciones de Sumeria, aunque probablemente su origen sea muy anterior, puesto que también se ha constatado en sociedades carecentes de escritura muy alejadas entre sí, si bien otras culturas primitivas estudiadas este pasado siglo no mostraron índices de violencia 'educativa'².



Debió suceder 'algo' de importancia capital que obligó a que los comportamientos sociales se distanciaseen hasta tal punto de los comportamientos innatos, que fue necesario *obligar* a los niños para que aceptasen acatarlos, y probablemente aquel suceso coincidiera con la introducción de los primeros crueles ritos de iniciación (circuncisión, mutilación genital femenina, perforación del lóbulo de las orejas y demás), impuestos a los niños mediante el uso de la fuerza.

En 1938, el Dr. Andreas Lommel, miembro del Instituto Frobenius, vivió durante varios meses en la región de Kimberly, al noroeste de **Australia**, con una tribu aborigen llamada Unambal, una cultura que ha existido, según la historia oficial, por lo menos unos **60.000 años**. Según su mitología,

Durante el Lai Lai (el Tiempo de la Creación o de los Sueños), Wallungunder, el "Gran Jefe" Wandjina, vino de la Vía Láctea para crear la Tierra y a todos sus habitantes. Los Wandjinas enseñaron a los aborígenes cómo construir y utilizar ciertas armas, y les dieron leyes y ceremonias, incluyendo la escarificación de la piel y la circuncisión del pene. El Gran Jefe Wandjina puede castigar a aquellos que violan la ley con inundaciones, rayos y tornados.

1 Primateólogo, profesor de la Universidad de Emory y director del Centro Nacional de Investigación de Primates en Atlanta, EE.UU., autor del libro "La política de los chimpancés".

2 Margaret Mead, sobre los Arapesh de Nueva Guinea, (Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas - Ediciones Paidós), y Claude Lévi-Strauss sobre los Mambiquara del Amazonas.

En la Biblia (Génesis) se nos dice que Abram tenía 99 años cuando Jehovah se le apareció y le dijo: — Yo soy el Dios Todopoderoso; camina delante de mí y sé perfecto... Y dentro del pacto que Jehovah estableció con Abram, se hallan estas instrucciones:



Este es mi pacto que guardaréis, entre yo y vosotros y tu descendencia después de ti: Todo varón de entre vosotros será circuncidado. Seréis circuncidados en la carne de vuestro prepucio, y esto será la señal de mi pacto con vosotros. A la edad de ocho días será circuncidado entre vosotros todo varón por vuestras generaciones; {asimismo} el {siervo} nacido en tu casa, o que sea comprado con dinero a cualquier extranjero, que no sea de tu descendencia. - Génesis 17:10-14

La religión judeocristiana propicia la idea de un Dios Padre que castiga a los hombres por su desobediencia, legitimando con ello el castigo de los padres hacia sus hijos. La desobediencia a Jehovah tenía también terribles castigos:

14 Pero si no me oyereis, ni hiciereis todos estos mis mandamientos, 15 y si desdeñareis mis decretos, y vuestra alma menospreciare mis estatutos, no ejecutando todos mis mandamientos, e invalidando mi pacto, 16 yo también haré con vosotros esto: enviaré sobre vosotros terror, extenuación y calentura, que consuman los ojos y atormenten el alma; y sembraréis en vano vuestra semilla, porque vuestros enemigos la comerán. (y las maldiciones y castigos siguen...) - Levítico 26

Parece como si siguiendo unas pautas de obediencia a unos dioses crueles y vengativos, instauradas hace milenios, durante miles de años **se hubieran ido elaborando religiones, filosofías, y sistemas morales, con concepciones del hombre que lo separaban de sus comportamientos innatos, instruyéndole en la obediencia ciega, e introduciendo la violencia y el dolor desde su primera infancia.**

Preguntémonos esto:

Si solo conociéramos a caballos y perros que han sido golpeados desde sus primeros años, y a los que se ha convertido en patológicamente miedosos o patológicamente violentos a través de este trato, ¿conoceríamos la verdadera naturaleza de los caballos y de los perros?

Pues bien, lo que tenemos de nosotros, como seres humanos, es ese mismo conocimiento *ilusorio y distorsionado*. Deberíamos reexaminar todas nuestras religiones, nuestras filosofías, y nuestros sistemas éticos, teniendo en cuenta este parámetro.

Nuestra violencia social

El contexto donde más evidente se nos presenta la violencia son los escenarios de guerra. Sin embargo, existe otro escenario donde la violencia campa de forma mucho más encubierta, y que por ser una estructura teóricamente basada en el amor entre sus componentes, resulta mucho más chocante: **la familia**. Y sus principales víctimas, tanto de violencia física como verbal, son las mujeres, los niños y los ancianos.



La creencia de que con castigos más duros contra los perpetradores llegaremos a solucionar el problema, nos lleva a exigir soluciones a nuestras autoridades y legisladores. Pero las medidas y recursos contra los actos de perversión, violencia sexual y asesinatos que se han venido aplicando hasta el momento han demostrado ser erróneos o *inefectivos*. El problema no solo no ha disminuido sino que parece seguir más vivo y en expansión que nunca... en todo el mundo.

¿Será que las 'soluciones' aportadas no han sido más que intentos de *parchear los efectos*, y no se ha enfocado con seriedad *buscar y erradicar las causas*?

Nuestra ignorancia colectiva sobre las causas de la violencia sigue siendo enorme. A menos que *comprendamos sus orígenes*, el *mechanismo psicológico* que subyace tras ella, y los *intereses* que existen para continuar manteniéndola como problema, seguiremos viviendo un ciclo de absurdas repeticiones.

La primera infancia

El comportamiento innato del pequeño primate que es el bebé humano tiene el potencial de prepararle en décimas de segundo para huir o luchar, activando al organismo para protegerse en caso de agresión. Sin embargo, el bebé está totalmente *inadaptado* ante una amenaza que provenga de su *base de seguridad* (los responsables de cuidarle), ya que no puede combatir ni huir de la madre o figura encargada de su cuidado y protección, y las hormonas destinadas a preparar al organismo para los comportamientos de protección se convierten en *autodestructivas*, atacando principalmente a las neuronas.

El reto de traer hijos a un mundo complejo como el nuestro es enorme; implica llevar de la mano a un ser humano *que se estrena*, y ser capaz de guiarlo hacia un estado de madurez, enseñándole lo que necesita saber para tener una vida plena y feliz. Indudablemente todos los padres tenemos las mejores intenciones hacia nuestros hijos. Queremos que sean buenos, responsables, que se porten bien, sin testarudeces ni desafíos.

Pero los niños se forman a través de la *imitación*. No aprenden aquello que queremos inculcarles con *palabras*, sino aquello que viven y *experimentan* por sí mismos. Un niño protegido y respetado aprende a respetar y proteger a quienes son más débiles que él. Un niño pegado y maltratado aprende a pegar y a maltratar. **Tanto uno como otro transmiten lo único que conocen por *experiencia*.** Todos y cada uno de los comportamientos absurdos o violentos que podemos observar en nuestra sociedad hunden sus raíces en la primera infancia. La violencia que los niños muestran en la escuela contra sus compañeros, **ya la han aprendido en sus casas, con un año y medio o incluso antes.**

Un bebé de meses que llora por las noches, que no se duerme, que rechaza el biberón, está dando *señales* de sufrimiento que informan de un malestar fisiológico, una ansiedad o un dolor. No llora por capricho, ni por rebeldía, ni siquiera como desafío. Zarandear a un lactante de menos de 2 años para calmarlo y hacer que se calle, es muy peligroso, y puede comportar un peligro vital y graves secuelas neurológicas en el niño.

Sin embargo, en la vida de cualquier padre hay momentos en que el desafío resulta abrumador. La mayoría de padres consideran que han tenido, o que tienen, el *derecho* de castigar física y/o psicológicamente a su hijo, porque no tenían otra opción para controlar un comportamiento inadecuado o para hacerse obedecer, y que lo que hacen es '*por el bien de sus hijos*'. Piensan que una bofetada, una azotaina en las nalgas, un golpe, o zarandear al niño, ' *nunca ha hecho daño a nadie, al igual que tampoco lo ha hecho insultarlo, menospreciarlo, humillarlo o amenazarlo para que tenga miedo*'. Además, **¿acaso no fueron ellos mismos 'corregidos' por sus propios padres 'por su propio bien...?'**

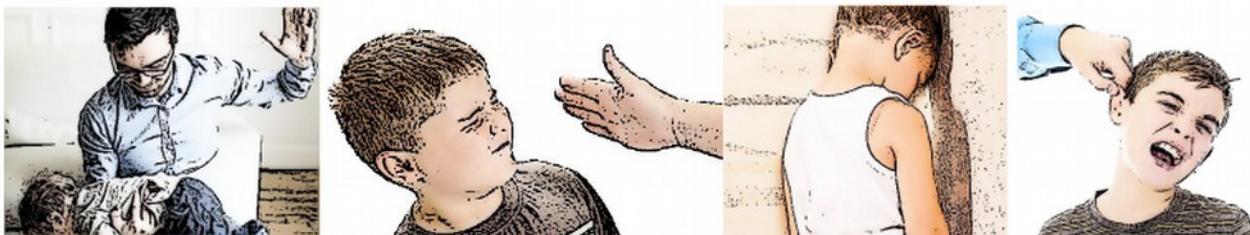
- Obedecer de inmediato, callarse, calmarse, dejar de gritar o de llorar, responder, escuchar a los adultos, comer, dormir, ser limpio, vestirse, darse prisa, no ser agresivo ni violento, ser educado, no ponerse en peligro, no robar, aprender las lecciones, tener mejores notas, respetar a los adultos... Y, por encima de todo, **sumisión**.

Al querer inculcar estos valores en los hijos *sea como sea*, incluso estamos dispuestos a utilizar la fuerza a fin de obtener tan admirables *fines pedagógicos*. **Pero un niño pequeño no puede comprender las**

intenciones de quien le pega, solo siente los golpes. Y aprende que la violencia contra el más débil es legítima, y que rebelarse contra el más fuerte está prohibido.

Durante los primeros tres años de vida, el cerebro del niño está en pleno desarrollo. Es por ello que a un niño, en esos primeros años de su vida, se le puede reprender y castigar para moldearlo, dominarlo y enseñarle 'buenas costumbres', sin que haya 'repercusiones' para la persona responsable de criar al niño.

Cuanto más precozmente se han aplicado comportamientos violentos sobre el niño, más son percibidos estos como 'normales' por el propio niño. La dependencia del niño del amor de sus padres hace también que sea difícil que años después pueda reconocer esos traumas, y tendrá más probabilidades, cuando sea adulto, de aprobar, justificar y repetir sobre otros la violencia que ha integrado.



La violencia 'educativa' trata de provocar un *dolor físico 'moderado'*, y una *angustia psicológica* al niño, con el objetivo de corregir aquellos comportamientos que los padres consideran inapropiados, o para obligarle a que haga ciertas cosas que componen el sistema aceptado de normas familiares y sociales a respetar.

Lo cierto es que **ningún estudio científico ha podido demostrar que los castigos corporales, los gritos e insultos verbales y las humillaciones tengan un efecto positivo sobre el comportamiento y desarrollo del niño.** Por el contrario, lo que han demostrado es que están fuertemente relacionados con un aumento de la agresividad y de los comportamientos antisociales³, y que a largo plazo tienen consecuencias traumáticas sobre la salud mental y física de los niños⁴.

El desconocimiento de las consecuencias traumáticas que la violencia 'educativa' tiene sobre el desarrollo, la autoestima y la salud de los niños, favorece que a nivel social exista una banalización y tolerancia de la misma, llegando incluso a considerarla 'valiosa'.



La línea que separa la 'violencia educativa' y el 'maltrato' resulta difícil de trazar. Cuando se habla de *maltrato* lo que se evalúa es el hecho que *queden huellas* –hematomas, o heridas–; la edad del niño, si se trata de un lactante, pero, **¿cómo evaluar la fuerza que se ha utilizado, el dolor que se ha infligido y las consecuencias psicológicas?**

El niño superará las graves consecuencias de la injusticia que ha sufrido **solo si consigue defenderse a sí mismo**, es decir, si se le permite **expresar su dolor y su rabia**. Si se le impide reaccionar a su propia manera, porque los padres no pueden tolerar sus reacciones (lloros, tristeza, rabia), y se lo prohíben a través de miradas, o de otros métodos 'pedagógicos', entonces el niño aprenderá a callar. Este silencio es un signo de la 'efectividad' de los principios 'pedagógicos' aplicados, pero al mismo tiempo es una señal de peligro, que apunta a un futuro desarrollo patológico.

3 Grogan-Kaylor A. *The effect of corporal punishment on antisocial behavior in children*. Soc Work Res 2004;28:153-62.

4 <http://www.cmaj.ca/content/184/12/1373.full> : Joan Durrant PhD, *Physical punishment of children: lessons from 20 years of research*, ron Ensom MSW RSW, CMAJ, September 4, 2012, 184 (12)

La memoria del cuerpo

En cualquier terapia que profundice sobre la historia del maltratador (incluyendo las terapias que han sido impuestas por la justicia), suele surgir un hecho que resulta cuando menos sorprendente:

- Las personas que maltratan a sus hijos, o que ejercen su poder sobre ellos explotándolos sexualmente, tienen tendencia a hacerlo y a descuidarlos *de la misma manera* que se les trató y descuidó a ellos mismos siendo niños. Sin embargo, *lo hacen sin ser conscientes de que es lo mismo que se les hizo a ellos*. Suelen descubrir su propia historia durante la terapia, y es entonces cuando se dan cuenta de que, lo que durante años han intentado es *escenificar* su propia historia para poder desembarazarse de ella.

¿Cómo se explica esto?

Una de las creencias más generalizadas en cuanto a la primera infancia es que el dolor o trauma experimentado por un niño muy pequeño *no va a causar mella en él* porque luego, cuando crezca, *no lo recordará*. La verdad es que un niño pequeño sí siente el dolor y el miedo, y las experiencias traumáticas sí que van a causar mella en él, aunque no recuerde su origen, dado que las consecuencias son tanto más importantes cuanto más pequeño es el niño.



Debido a su inmadurez neurológica, *cuanto más pequeño es el niño, más traumatizante resulta el dolor y el estrés de las violencias –aun aquellas que a un adulto puedan parecerle ‘mínimas’* –.

Lo que le ocurra al niño durante sus primeros años de vida, tanto en bien como en mal, a menudo deja huellas que no resultan fáciles de borrar. Nuestro mental (la conciencia intelectual) puede que no recuerde todo lo que nos ha pasado, pero esa memoria *corporal y emocional* se conserva en las células de nuestro cuerpo.

Múltiples investigaciones evidencian que *el cuerpo almacena en sus células todo lo que ha padecido desde el mismo momento de la concepción*. *Las informaciones sobre el maltrato sufrido durante la infancia quedan grabadas en las células de nuestro cuerpo, como una especie de recuerdo inconsciente, vinculado con la angustia reprimida*.

Y aunque nos resulte difícil de reconocer y aceptar, no es nuestra conciencia ‘consciente’ (nuestra mente, es decir ‘nosotros’) la que controla la memoria de nuestros cuerpos y nuestra experiencia emocional.

El bien y el mal no vienen incrustados en los genes, mal que les pese a algunos, sino que se instalan en nosotros los primeros días, semanas y meses de vida. Dado que nuestro cerebro no está totalmente formado cuando llegamos al mundo, sino que va desarrollándose durante los primeros años de la vida, lo que le sucede al niño durante ese período, tanto en bien como en mal, a menudo deja huellas que no resultan fáciles de borrar, puesto que si bien nuestro mental (la conciencia intelectual) puede que no recuerde todo lo que nos ha pasado, *las informaciones sobre el maltrato sufrido durante la infancia quedan grabadas en las células de nuestro cuerpo⁵, como una especie de recuerdo inconsciente, vinculado con la angustia reprimida*. En las células de nuestro cuerpo se conserva esa memoria *corporal y emocional*.



En la memoria del cuerpo subyace el enigma del porqué tantos adultos repiten en sus propios hijos lo que ellos sufrieron durante las primeras etapas de su vida, pero que *no recuerdan*. Esa memoria no consciente

5 Múltiples investigaciones evidencian que el cuerpo almacena en sus células todo lo que ha padecido desde el mismo momento de la concepción.

es la que a menudo impulsa a la persona a cometer actos violentos y criminales que *reproducen* los actos sufridos en su infancia.

Nunca mejor empleada la frase: “*la violencia engendra violencia*”.

Qué ocurre en el niño sometido a violencias

El *mecanismo neurobiológico de reacción* que activa la **amígdala**, hace que el organismo produzca las hormonas del estrés (adrenalina y cortisol) que preparan el cuerpo para la acción, propiciando el reflejo innato de lucha o huida. Sin embargo, **la amígdala, una vez activada, no se desactiva por sí sola sino que es el córtex, con su capacidad de analizar la situación, la que puede modularla y desactivarla**. Si el córtex ha quedado paralizado por una situación que es incapaz de analizar y comprender, la modulación no se produce y el estrés aumenta.

Dado que un exceso de las hormonas (adrenalina y cortisol) pueden representar un peligro vital cardiovascular y de daño neurológico⁶, **el cerebro pone en marcha un mecanismo de protección para desconectar la fuerza de la respuesta emocional**, segregando potentes drogas disociantes (endorfinas, serotonina, opiáceos), parecidas a un cóctel de morfina-ketamina.

El niño efectivamente se calma, pero no porque haya *decidido* obedecer y tranquilizarse sino porque ha sido brutalmente arrojado a una anestesia emocional. No siente nada, ni emoción, ni dolor, se ha *desconectado*, está como ausente, invadido por un sentimiento de irrealidad. Puede verse como *espectador* de la situación. Es lo que se denomina una **disociación traumática**⁷

Al producirse la desconexión se interrumpen los circuitos de la memoria, lo que impide que la memoria emocional pueda ser gestionada por el hipocampo, y transformada en una *memoria autobiográfica*, y por tanto, en un aprendizaje. **La memoria emocional queda bloqueada, y no se integra en la amígdala cerebral**. Lo que pasa en el niño es tan terrible que no llega a vivenciarlo y a grabarlo, sino que se queda paralizado y desorientado, convertido en un obediente autómata mecánico.

Ésta ha sido el tipo de disciplina educativa de obediencia y sometimiento a las normas sociales generales que una mayoría de personas, con pocas excepciones, hemos recibido en mayor o menor grado, en nuestra infancia. Nos ha condicionado para ser obedientes a las normas, a las leyes, a las autoridades, a los expertos de cualquier área, negando y reprimiendo la expresión de nuestros sentimientos y curiosidad espontáneos y distorsionando nuestra naturaleza más verdadera.

Lo que se consigue al provocar dolor físico y angustia psicológica al niño es crear un **condicionamiento**. A través de los mecanismos psicotraumáticos del miedo y el estrés se ha condicionado al niño para *obedecer* a un poder superior a él.

El estado de disociación no es algo que se persiga conseguir con la violencia educativa. La disociación ‘apaga’ la memoria traumática y todo su séquito de *miedo, angustia, desesperación y sufrimiento*. El conocimiento de este condicionamiento y de la disociación traumática que se produce ante las violencias más intensas, nos ha sido negado hasta hace bien poco.

Ello nos ha producido en el psiquismo un punto ciego, *un ángulo muerto de visión* que nos impide darnos cuenta que la manera en que son tratados y ‘educados’ los niños, es **la principal causa de violencia social** y que **los comportamientos psicópatas y criminales son la consecuencia ‘obligada’ en quienes resultaron más arruinados en su infancia**. **No existe nadie que sea un maltratador, que no haya sido a su vez víctima durante su infancia**, incluso aunque la mayoría no lo sepan porque sus emociones están bloqueadas, no sienten nada, y el recuerdo pueda ser parcial, poco fiable, selectivo, o sujeto a amnesia.

6 En un bebé sometido a una gran cantidad de estrés, el exceso de cortisol puede dañar las sinapsis y neuronas en formación, aunque las consecuencias no sean aparentes inmediatamente. Thomas et al. 2007, y Narvaez, 2001.

7 Muriel Salmona - *La mémoire traumatique et les conduites dissociantes* - en Traumas et résilience, Dunod, 2012: <https://stopauxviolences.blogspot.com/search?q=La+m%C3%A9moire+traumatique+et+les+conduites+dissociantes>

Conocer los mecanismos psicotraumáticos, *identificar* lo que procede de la memoria traumática, y *comprender* las conductas disociadas, es un requisito previo indispensable para acabar con este círculo vicioso.

Se ha de informar y educar a la población adulta ya que el desconocimiento del desarrollo psicomotor, intelectual y emocional del niño, y la falta de información sobre el impacto que causa en él la violencia, es lo que propicia que la violencia educativa pueda seguir reproduciéndose. Hay que enseñar a la población adulta que van a ser, o que ya son padres, métodos de *disciplina positiva no violenta*, ya que eliminar la conducta violenta de los padres en la educación de los hijos elimina futuras consecuencias.